

Retiro espiritual

El anhelo apostólico del contemplativo

La verdad como punto de partida del amor

La gracia de la vocación contemplativa y la tensión que genera

La tentación que desvirtúa la gracia

Falta de libertad

Interés por la conversión de los demás

El celo exagerado

Contar con Dios... como una ayuda

Sólo nuestro esfuerzo o sólo la oración

Desviar a los demás la finalidad de las gracias que recibimos

La prueba de nuestro error

Las tentaciones de Jesús

La causa del fracaso de los discípulos

La respuesta que nos da el Evangelio

La multiplicación de los panes y los peces

Los medios que necesita el apóstol

La petición que nace de la mirada compasiva del Señor

Echar las redes cuando parece inútil

Vencer la tentación y responder al anhelo apostólico

Un primer discernimiento

E emplear la nueva mirada para aceptar el dolor de cruz

Contemplar la respuesta del Señor

El ejemplo de los santos

La cruz y la intercesión

La humildad necesaria

Ante los grandes y pequeños retos que nos presenta la vida, el contemplativo tiene que aspirar a lo máximo, que es la santidad; pero concentrando la infinita aspiración que Dios pone en su alma en el humilde servicio, por amor, de su tarea cotidiana, consciente de que «somos siervos inútiles, hemos hecho lo que teníamos que hacer» (Lc 17,10). Sólo así, Dios puede actuar y realizar su obra de salvación en él y en el mundo.

La verdad como punto de partida del amor

El escándalo no está en no decir la verdad, sino en no decir la toda entera, introduciendo en ella una mentira por omisión que la deja intacta exteriormente, pero le corroe, igual que un cáncer, el corazón y las entrañas... No me cansaré de repetir a estas personas que la verdad no les pertenece en modo alguno; que la más humilde de las verdades ha sido rescatada por Cristo; que al igual que cualquiera de nosotros, cristianos, ella forma parte de la divinidad de Aquel que se ha dignado revestirse de nuestra naturaleza (G. Bernanos, *El escándalo de la verdad*).

Dios es incompatible con la mentira, y quien lo busca debe purificar todos los ámbitos de su vida si quiere que Dios los llene totalmente, en especial los que se refieren directamente a nuestra relación con Dios y con los demás. Comenzaremos por acercarnos a revisar nuestra relación con los demás, para descubrir cómo debe ser esa relación para que manifieste el amor que les debemos desde la verdad de la gracia de Dios que hemos recibido. Y, para ello, lo primero es reconocer la perplejidad a la que nos lleva la gracia de Dios cuando incide en nuestra limitada realidad.

Partimos de una situación muy frecuente en las personas espirituales, que es la perplejidad ante una situación de conflicto personal imposible de resolver, pero que hay que resolver necesariamente para avanzar en la vida cristiana. Se trata de un conflicto que tiene dos polos:

1. Profundizando en la oración descubro que Dios me regala la gracia de un ser nuevo, como la nueva identidad de mi persona tal como fue proyectada por Dios desde toda la eternidad. Y, unido a esto, descubro también en la oración la misión extraordinaria a la que Dios me llama. Una misión imposible para mí, pero que Dios quiere y puede hacer posible.

2. A la vez, se me imponen con fuerza las limitaciones que provienen de mi psicología, mi historia, mis condicionantes personales y mi pecado..., que van absolutamente en contra del ser y la misión que me ofrece Dios. Y, además, mis circunstancias hacen imposibles también ese ser y esa misión que Dios me regala.

¿Qué hacer entonces? La gracia de Dios y mis limitaciones son dos realidades verdaderas y, a la vez, aparentemente incompatibles. Podemos negar una de ellas para salvar esa incompatibilidad, pero eso supone cercenar esencialmente nuestra vida. No existe otro camino que, sin negar ninguna de esas dos realidades, afirmar con fuerza una de ellas sobre la otra, apostando por ella hasta darle una primacía absoluta sobre la otra. De hecho se trata de una elección ineludible, que vamos a hacer, consciente o inconscientemente. Por el hecho de no elegir, ya hemos elegido que primen nuestras limitaciones sobre la gracia.

En este retiro trataremos de ver la manera de salvar la verdad de Dios consciente y libremente, para evitar que nuestras inercias nos inclinen inconscientemente a elegir el ámbito meramente humano. Porque no existe otra opción real que elegir un ámbito e hipotecar el otro, con todas sus consecuencias.

Hemos de afirmar, de inicio, que si Dios nos llama a un proyecto determinado, dicho proyecto tiene que ser posible; por lo que hemos de decidir dejarnos la piel en buscar el modo de hacerlo posible. Y esta afirmación sólo se puede hacer consciente y libremente.

Pero también podemos afirmar que nuestra psicología o las circunstancias de nuestra vida nos impiden responder al proyecto de Dios y nos obligan a renunciar a dicho proyecto, teniendo que conformarnos con un sucedáneo del mismo. Esta afirmación podemos hacerla consciente o inconscientemente. Para esto último, basta con que no hagamos nada. Y, en definitiva, esta elección, consciente o inconsciente, condiciona nuestra fe y la obra de la gracia en nosotros.

No existe ningún camino intermedio entre estas dos opciones. Aunque nos gusta pensar que existe una tercera vía, que consiste en hacer humanamente compatibles los dos opuestos; pero eso no se puede lograr sin violentar o limitar la voluntad de Dios. Es la vía intermedia que eligen los que son conscientes de su llamamiento a la santidad y, para evitar los riesgos que comporta, se conforman con ser «buenos» cristianos.

Para hacer luz sobre todo esto, veamos el proceso de discernimiento que hace posible la realización del plan de Dios en nuestra vida en medio de las dificultades que parecen hacerlo imposible.

La gracia de la vocación contemplativa y la tensión que genera

Cuando nos acercamos a Dios, o, más bien, cuando Dios irrumpe en nuestra vida, se realiza un cambio sustancial en lo más profundo de nuestro ser. Se pone en marcha un proceso de renovación, que es una conversión radical, que orienta toda nuestra vida hacia Dios como lo único necesario. Esta

polarización de la vida es lo que fundamenta lo que llamamos vida contemplativa, y viene caracterizada por una profunda pasión por Dios que lleva al deseo radical de entrega a él y a los demás.

Este anhelo de entrega a los demás ilumina y da sentido al apostolado del contemplativo. En el caso del contemplativo monástico, este anhelo se orienta a la inmolación orante en favor de los demás desde la soledad del claustro; y en el caso del contemplativo secular, este mismo anhelo lleva igualmente a la inmolación en favor de los demás, pero a través de las tareas seculares, tanto en las específicamente apostólicas, como la catequesis, la liturgia, etc., como en las tareas normales de la vida cotidiana.

Pero, como en toda gracia de Dios, también en la gracia de este anhelo de entrega a los demás aparece la tentación que trata de distorsionar la gracia y desorientarnos en el camino de la fidelidad a la voluntad de Dios a la que nos empuja la gracia.

En este sentido hemos de tener en cuenta que las tentaciones se adaptan perfectamente a nuestra realidad y a las gracias que recibimos del Señor. Y para ser eficaces, las tentaciones intentan minar lo esencial de la misión de cada uno, pasando lo más desapercibidas posibles o apareciendo como ayudas positivas para la misma.

En este retiro queremos ponernos ante Dios para que nos ayude a desenmascarar una tentación que, bajo capa de bien y generosidad, esteriliza la vida de muchos contemplativos, tanto de los que están en los monasterios como de los que viven en el mundo.

Y para empezar hemos de partir de la gracia que hemos recibido, porque en ella es en lo que se apoya la tentación.

La vocación contemplativa, tanto monástica como secular, se define por la pasión por Dios. Y esa pasión por Dios le da al contemplativo un anhelo de colaborar con Dios en la tarea de la salvación, que podemos llamar «anhelo apostólico», pero que va

mucho más allá de las tareas apostólicas que se incluyen dentro de la agenda de la semana. En ese «anhelo apostólico» entra no sólo lo que se refiere al apostolado, sino también todo lo que entra en el terreno de la preocupación por los demás y lo que se entiende por «caridad», el amor al prójimo en su sentido más profundo.

En este retiro, para simplificar, llamaremos «apostolado» no a las meras «obras de apostolado», sino a todo lo que el contemplativo descubre como misión a partir de la gracia de una visión muy viva de lo que tendría que ser la Iglesia, el mundo, el prójimo... Y esa visión, que Dios le regala, le hace muy sensible a la gracia de Dios y, también, al pecado y al mal en todas sus formas, y le obliga a dar una respuesta eficaz y salvadora.

Sin duda ese anhelo apostólico viene de Dios. Es una expresión de la pasión de Dios que consume al contemplativo y le lleva a vivir para Dios en el servicio a los demás.

Esto supone que el contemplativo tiene la necesidad de darle espacio real a Dios en su vida, y eso debe hacerse efectivo en todos los ámbitos de su existencia, también en su relación con los demás.

...

Esa gracia de la vocación contemplativa comporta una significativa presencia y acción de Dios en nosotros que nos hace ver todo de un modo absolutamente diferente a como lo veíamos antes. Así, vemos con mucha claridad la voluntad de Dios sobre el mundo, sobre las demás personas y sobre nosotros mismos. Y, a la luz de esta visión, vemos también con claridad el mal que se extiende por el mundo, la gracia que se derrama sobre tal persona y el modo en que es rechazada esa gracia, intuimos la acción de Dios y el pecado en las almas, así como la grandeza de nuestra vocación y las limitaciones que ponemos a esa vocación... Esta visión nos sitúa a contrapelo de la gente, nos descoloca ante el mundo y crea una tensión respecto de Dios, de los demás y de nosotros mismos...

En consecuencia, ese impulso de la gracia nos hace sufrir porque vemos un plan de Dios, unas necesidades y unas gracias, y frecuentemente vemos, a la vez, cómo esas gracias se pierden, el plan de Dios se frustra y cómo el mal y el pecado marcan la vida de muchas personas. Y ese mismo sufrimiento, que viene de Dios, alimenta más el fuego del anhelo apostólico.

La tentación que desvirtúa la gracia

Hasta ahí, todo va bien. Pero tenemos que resolver esa tensión que produce la nueva visión que nos da Dios y darle una salida adecuada al sufrimiento que provoca. Porque Dios nos da esa visión para iluminar nuestra misión y, por esa razón, en ese punto aparece la tentación que trata de desorientarnos y apartarnos de nuestra meta.

La situación del mundo y de la Iglesia, así como el vacío esencial que percibimos en los demás hacen que el anhelo apostólico sembrado por Dios en nuestra alma se exacerbe y nos empuje con fuerza a realizar nuestra misión apasionadamente: buscando la gloria de Dios, ayudando a los otros a descubrir la voluntad de Dios, tratando de eliminar el pecado en nuestra vida y en la de los demás... Y esa misma fuerza que nos impulsa es de lo que se sirve el demonio para empujarnos a ir por un camino distinto al que el Señor quiere.

La acción de Dios en nosotros nos mueve a un cambio de vida; pero la tentación trata de diluir la gracia de Dios en el desconcierto, el fracaso y el desánimo. Por eso es imprescindible realizar un discernimiento afinado de lo que Dios nos pide y, sobre todo, del camino concreto por el que tenemos que caminar para alcanzar la meta a la que él nos llama. Y esto es esencial a la hora de traducir el anhelo apostólico a actitudes concretas, descubriendo la tentación de buscar salidas fáciles y buenas, pero no acordes con la voluntad de Dios

Falta de libertad

El problema empieza cuando permitimos que el anhelo apostólico se traduzca en una preocupación excesivamente humana por los demás y en un trabajo apoyado principalmente en las propias fuerzas.

Es significativa la misma forma de preocuparnos por los demás, que demuestra que nos falta libertad para amar de verdad, es decir, para buscar el bien real de ellos. Nos conformamos con darles lo que nos piden, porque buscamos más su agradecimiento o su bienestar que su verdadero bien, que muchas veces ni quieren, ni piden, ni les va a dejar tranquilos. Otras veces nos empeñamos en darles el bien que a nosotros nos gusta y nos conviene; y, más que la caridad, buscamos nuestro prestigio, el reconocimiento de los demás, la influencia sobre ellos.

Interés por la conversión de los demás

Otro síntoma claro de que estamos desvirtuando el impulso apostólico que Dios nos ha regalado es que tratamos de lograr el cambio de los demás con un excesivo interés, sospechosamente mayor que el interés que tenemos por nuestro propio cambio. Lo que está detrás de este comportamiento es la tentación de fariseísmo, que nos lleva a pensar que el trabajo constatable por la conversión de los demás (a veces sólo la preocupación y las intenciones) es el signo del trabajo real por nuestra conversión, y de que estamos respondiendo al anhelo apostólico que Dios nos regala. Realmente está sucediendo lo contrario: todo ese trabajo exterior es la justificación que empleamos para descuidar nuestra propia conversión. Y siempre nuestra conversión tiene que ocupar la prioridad en la preocupación y en el esfuerzo real. Aquí deberíamos aplicarnos lo que el Señor nos dice de quitar la viga de nuestro ojo para poder quitar la mota en el ojo del hermano (Mt 7,3-5).

Jean-Marie Lustiger, judío converso, Cardenal Arzobispo de París desde febrero de 1981, es preguntado sobre cuál es el punto más importante de su plan pastoral sobre la diócesis que el Papa Juan Pablo II le ha confiado. La respuesta es sencilla y, para alguno, quizá sorprendente: «El punto central del plan pastoral es la conversión del Obispo» (Julio Egui, *Anécdotas y virtudes*).

En este sentido hemos de entender las palabras del Señor cuando nos dice: «Buscad sobre todo el reino de Dios y su justicia; y todo esto se os dará por añadidura» (Mt 6,33).

El celo exagerado

Otras señales de que nos salimos de la verdadera respuesta al anhelo apostólico y caritativo que nos tiene que caracterizar son las formas exageradas en que se expresa ese anhelo: A veces con una excesiva benevolencia afectiva; y otras, por el contrario, con una exigencia más o menos dura o descarnada.

Esos bandazos son fruto de nuestros estados de ánimo, de nuestros intereses o de nuestras frustraciones, no de la búsqueda sincera de los planes de Dios.

Contar con Dios... como una ayuda

Un signo claro de que intentamos ayudar a los demás a nuestra manera y con nuestras fuerzas es el lugar que le damos a Dios en esa tarea apostólica. ¿Es que no contamos con Dios? Sí, pero no como el que nos señala la tarea, el modo, los plazos y el precio; sino reservándole sólo el lugar de colaborador de nuestros propios planes. Le pedimos a Dios ayuda (a veces se la exigimos), pero para que ese anhelo salvador se realice según el modo y el plazo que nosotros hemos decidido. Y si no sale como queremos..., es que Dios no nos ha ayudado.

Sólo nuestro esfuerzo o sólo la oración

Un discernimiento afinado en este punto nos descubre que, aun contando con Dios, no le dejamos el espacio que necesita y que, en definitiva, lo ocupa nuestro yo (nuestros planes y nuestras

fuerzas). Esto explica muchos de nuestros estériles sufrimientos y los verdaderos fracasos apostólicos.

Y lo mismo cabe decir del error contrario, en el que también podemos caer, que consiste en limitar el amor y el apostolado a la simple oración, dejándole el resto de la preocupación y el trabajo a Dios. Pero eso también está equivocado.

Desviar a los demás la finalidad de las gracias que recibimos

Gran parte del problema consiste en que aplicamos mal las gracias y la luz que Dios nos da para que colaboremos con él. Dios nos hace ver claramente el mal, y con la misma claridad vemos el camino para resolverlo. Esto se une a un gran dolor ante el mal, sus consecuencias, la oscuridad que provoca, los riesgos que supone... Se nos hace inevitable el esfuerzo por aportar la luz, el juicio y la solución que los demás necesitan. Es algo tan claro para nosotros que estamos seguros de que los demás lo verán todo con claridad cuando se lo expliquemos, lo aceptarán fácilmente y lo resolverán enseguida. Y entonces nos lanzamos apasionadamente a transmitirles una luz que, con frecuencia, apenas tiene efecto sobre ellos y no pocas veces les crea desconcierto y desánimo.

Esto demuestra que se nos olvida en la práctica que todos los elementos en los que nos basamos son gracias que hemos recibido, no frutos de nuestras capacidades; gracias que tienen como primera finalidad nuestra propia conversión, no la de los demás. Y, junto con esto, la gracia que necesitan los otros no se la podemos dar nosotros, sino Dios.

Paradójicamente esta respuesta apasionada y arrolladora que aportamos a los demás se convierte en la tentación que nos impide ser fieles a la gracia de nuestra misión y eso nos lleva a frustrar la acción de Dios en los demás, al intentar aplicar a otros lo que nos tenemos que aplicar a nosotros mismos. En el fondo es el modo fácil e inmediato de resolver el problema que hemos

visto y liberarnos del sufrimiento que nos provoca. El enemigo se sirve, con toda lógica, de la luz y la gracia de Dios para desbaratar la obra de la gracia y hacer que se pierdan oportunidades preciosas o únicas.

La prueba de nuestro error

Dice el refrán que «los errores se pagan»; y eso vale también para la vida espiritual. En nuestro caso, la apuesta por aplicar a los demás prioritariamente la conversión que Dios nos pide se traduce en el fracaso seguro de nuestro esfuerzo. Es posible que, por poco tiempo, pueda parecer que amamos a los demás o que somos excelentes cristianos; pero la tarea va a requerir un costosísimo esfuerzo que, a la larga, no dará fruto. Y esto lleva normalmente al agotamiento y al desánimo. Por eso, la dificultad con la que llevamos a cabo nuestros planes y lo que nos cuesta encajar el fracaso de esos planes demuestran que esta forma de responder al anhelo de salvación y de caridad no es evangélica.

Además, cuando nos encontramos con las dificultades o el fracaso, normalmente nos desanimamos y nos echamos para atrás o, por el contrario, re incidimos con más fuerza en el mismo error, aumentando así la frustración. De este modo, el apostolado y la caridad se convierten en tareas difíciles y complicadas que nos lían y nos cansan, en lugar de liberarnos y llenarnos de paz.

Pero hay más. Cuando nos dejamos llevar por la tentación y llegamos al fracaso no es infrecuente que rematemos nuestro error identificando dicho fracaso con la cruz querida por Dios; así nos consolamos pensando que se trata de una cruz que será bendecida con el fruto invisible de gracia, cuando realmente estamos ante el más grave de los fracasos, que es el fracaso de la gracia.

Es bueno recordar que el que busca su satisfacción personal en el apostolado podrá tener la compensación de encontrar esa satisfacción que busca, aunque sea al precio de la falta de verdadero fruto; pero en definitiva tendrá lo que quiere. Pero

quien busca la verdadera eficacia de la gracia desviándose del modo evangélico de alcanzarla, caerá en el peor de los fracasos, porque no obtendrá ninguna satisfacción personal, ni tampoco ningún fruto de la gracia.

Las tentaciones de Jesús

Entonces Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo. Y después de ayunar cuarenta días con sus cuarenta noches, al fin sintió hambre. El tentador se le acercó y le dijo: «Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes». Pero él le contestó: «Está escrito: “No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”». Entonces el diablo lo llevó a la ciudad santa, lo puso en el alero del templo y le dijo: «Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque está escrito: “Ha dado órdenes a sus ángeles acerca de ti y te sostendrán en sus manos, para que tu pie no tropiece con las piedras”». Jesús le dijo: «También está escrito: “No tentarás al Señor, tu Dios”». De nuevo el diablo lo llevó a un monte altísimo y le mostró los reinos del mundo y su gloria, y le dijo: «Todo esto te daré, si te postras y me adoras». Entonces le dijo Jesús: «Vete, Satanás, porque está escrito: “Al Señor, tu Dios, adorarás y a él solo darás culto”». Entonces lo dejó el diablo, y he aquí que se acercaron los ángeles y lo servían (Mt 4,1-11).

Las tentaciones de Jesús en el desierto ponen de manifiesto que Jesús sufrió también esta tentación; y nos ayudan a ver cómo se afronta el problema y cuál es el enfoque evangélico que hemos de mantener ante la tentación. Jesús tiene que aceptar una doble realidad: que su misión es salvar al mundo, y que esa salvación tiene que realizarse por la vía del amor crucificado. La fuerza de la tentación está en que aprovecha su anhelo salvador para empujarlo por el camino de la eficacia humana y del fruto constatable..., sacándolo así de su misión. El diablo le intenta sacar de su misión orientándole a buscar un mejor modo de llevar a cabo esa misión. Pero Jesús sale de esa tentación con ayuno y oración, con fidelidad a la Palabra de Dios, con claridad sobre el modo en que va a salvar al mundo. La superación de la tentación le lleva a abrazar la vida oculta, la oración del Huerto y la cruz. No es extraño que, cuando llega al culmen de su «anhelo

salvador» en el Calvario, surja la misma tentación de bajar de la cruz y él dé la misma respuesta de fidelidad a la voluntad del Padre (cf. Lc 23,35-37).

En nuestro caso, con frecuencia el anhelo apostólico y de caridad hacia los demás nos empujan a poner en el apostolado y en las relaciones personales un tipo de interés y esfuerzo visibles, constatables y eficaces que nos agotan, pero nos permiten pensar que estamos gastándonos en amor por los demás, aunque realmente el mismo afán es el que nos saca de nuestra misión. Nuestra intención es amar y ayudar a la salvación; pero en la práctica no es así, porque para conseguir el plan de Dios empleamos los medios del mundo o nuestros propios medios, que no siempre son buenos. Y entonces fracasamos en nuestra misión por intentar realizarla de un «modo» distinto al del Señor, porque la mayoría de las energías que gastamos en nuestro propio empeño se las quitamos a la única tarea verdaderamente importante, que es descubrir y cumplir la voluntad del Padre y abrazar la cruz.

La causa del fracaso de los discípulos

A veces salimos del sentimiento de fracaso y frustración al que llegamos pensando que el Señor no nos pide tanto, que no se puede hacer nada, que hay que conformarse con la situación. Pero eso no es verdad, y demuestra que seguimos fuera de la visión evangélica. La verdad es que el Señor nos envía a hacer lo mismo que él hizo, «incluso obras mayores» (Jn 14,12), y nos da la gracia para ello. El problema no está en la imposibilidad de la misión sino en que no acertamos con el camino. Esto es algo que vemos que les sucedía ya a los apóstoles:

Cuando volvieron a donde estaban los demás discípulos, vieron mucha gente alrededor y a unos escribas discutiendo con ellos. Al ver a Jesús, la gente se sorprendió y corrió a saludarlo. Él les preguntó: «¿De qué discutís?». Uno de la gente le contestó: «Maestro, te he traído a mi hijo; tiene un espíritu que no lo deja hablar; y cuando lo agarra, lo tira al suelo, echa espumarajos, rechina los dientes y se queda rígido. He pedido a tus discípulos que lo echen y no han sido

capaces». Él, tomando la palabra, les dice: «¡Generación incrédula! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo os tendré que soportar? Traédmelo». Se lo llevaron. El espíritu, en cuanto vio a Jesús, retorció al niño; este cayó por tierra y se revolcaba echando espumarajos. Jesús preguntó al padre: «¿Cuánto tiempo hace que le pasa esto?». Contestó él: «Desde pequeño. Y muchas veces hasta lo ha echado al fuego y al agua para acabar con él. Si algo puedes, ten compasión de nosotros y ayúdanos». Jesús replicó: «¿Si puedo? Todo es posible al que tiene fe». Entonces el padre del muchacho se puso a gritar: «Creo, pero ayuda mi falta de fe». Jesús, al ver que acudía gente, increpó al espíritu inmundo, diciendo: «Espíritu mudo y sordo, yo te lo mando: sal de él y no vuelvas a entrar en él». Gritando y sacudiéndolo violentamente, salió. El niño se quedó como un cadáver, de modo que muchos decían que estaba muerto. Pero Jesús lo levantó cogiéndolo de la mano y el niño se puso en pie. Al entrar en casa, sus discípulos le preguntaron a solas: «¿Por qué no pudimos echarlo nosotros?». Él les respondió: «Esta especie solo puede salir con oración» (Mc 9,14-29).

La respuesta que nos da el Evangelio

Resumiendo todo lo anterior, podemos concluir que el mismo fracaso apostólico (real o sentido como tal), tan evidente en nuestra vida, nos obliga a buscar una luz que el Señor, en su infinita misericordia, quiere concedernos. Se trata de una luz que acompaña la vocación contemplativa y contiene tres gracias bien diferenciadas:

1. La primera es la capacidad para ver con claridad la acción de Dios y la acción del mal en las almas, así como el drama que esta doble acción supone. Esta mirada, que es la misma mirada de Cristo, es un don que Dios nos da para identificarnos con su Hijo.

2. Junto con esa luz, la segunda gracia es el dolor y el desgarramiento que supone esta visión y que lleva, igualmente, a la identificación con Cristo, porque nos hace participar de lo que siente el Señor cuando nos mira. Es lo que nos pide san Pablo

cuando dice: «Tened los mismos sentimientos de Cristo» (Flp 2,5).

3. Una tercera gracia es el ansia insaciable de responder al drama que esa mirada nos descubre, aportando a los demás la luz que hemos recibido de Dios. Ése es el anhelo salvador de Cristo, que le lleva a la cruz y le mantiene en ella, y que aparece varias veces en el Evangelio: «He venido para esta hora» (Jn 12,27); «he venido a prender fuego a la tierra...» (Lc 12,49); «tengo sed» (Jn 19,28).

Estas tres gracias crean en nuestra alma una fuerte inquietud y una necesidad imperiosa de dar respuesta al tremendo drama que descubrimos en el mundo, en la Iglesia y en nosotros mismos. Una respuesta que no podemos inventar ni improvisar desde nuestros esquemas, sino que tiene que estar iluminada por la luz de Dios. Por eso, si queremos dar una respuesta evangélica a la necesidad de colaborar con Dios a la salvación que vemos tan necesaria, lógicamente tenemos que acudir al Evangelio para buscar luz. Junto con la luz que nos da la respuesta de Jesús al diablo en el desierto, podemos contemplar otros momentos de la vida del Señor.

La multiplicación de los panes y los peces

Un ejemplo muy claro de la colaboración que nos pide el Señor es la multiplicación milagrosa del alimento. A Jesús le da lástima la multitud que le sigue porque están desorientados y tienen hambre; y dice a los apóstoles: «Dadles vosotros de comer» (Mt 14,16). Vemos que el Señor no es ajeno a los problemas de la gente. Su amor a los demás le hace descubrir sus necesidades y su precariedad, y le mueve a hacer por ellos lo que está en su mano. Éste es un caso especialmente significativo, porque Jesús pone el asunto en manos de sus discípulos: «Vio Jesús una multitud y se compadeció de ella... Dadles vosotros de comer» (Mt 14,14.16).

Jesús llamó a sus discípulos y les dijo: «Siento compasión de la gente, porque llevan ya tres días conmigo y no tienen qué comer. Y no quiero despedirlos en ayunas, no sea que desfallezcan en el camino». Los discípulos le dijeron: «¿De dónde vamos a sacar en un despoblado panes suficientes para saciar a tanta gente?». Jesús les dijo: «¿Cuántos panes tenéis?». Ellos contestaron: «Siete y algunos peces». Él mandó a la gente que se sentara en el suelo. Tomó los siete panes y los peces, pronunció la acción de gracias, los partió y los fue dando a los discípulos, y los discípulos a la gente. Comieron todos hasta saciarse y recogieron las sobras: siete canastos llenos (Mt 14,32-38).

A esas alturas, los apóstoles ya deberían conocer el modo de actuar del Maestro y lo que esperaba de ellos. Pero se plantean el problema como lo haría cualquiera que no conociera a Jesús: «No tenemos pan suficiente... Es imposible hacer lo que nos pides». Existe un claro contraste entre la actitud del Señor y la de sus discípulos. Éstos no se han dado cuenta de la situación; y cuando se la presentan, se agobian tratando de resolverla por sus propios medios.

Contemplar la actitud de Jesús, que «siente compasión...», debe llevarnos a la oración profunda, en la que el Señor nos hace partícipes de sus sentimientos y preocupaciones. En ella nos muestra los verdaderos problemas del mundo y en qué medida le preocupan a él. Y ahí es donde se realiza el discernimiento que nos indica el modo concreto de colaborar con el Señor; y no la forma de obligarle a él a colaborar con nosotros para intentar resolver el problema a nuestro modo y por nuestros medios.

El apostolado no puede ser una excepción al criterio fundamental que rige la vida del contemplativo, que es cumplir la voluntad de Dios a través de los medios evangélicos. Por eso, en el apostolado, el contemplativo no puede salirse del plan de Dios y de la misión que ha recibido de él, ni en el fin ni en los medios. Y no puede confundir los planes de Dios con los suyos, aplicando a sus propios planes las energías que le corresponden a la misión que Dios le encomienda.

Los medios que necesita el apóstol

Id y proclamad que ha llegado el reino de los cielos. Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, arrojad demonios. Gratis habéis recibido, dad gratis. No os procuréis en la faja oro, plata ni cobre; ni tampoco alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón; bien merece el obrero su sustento (Mt 10,7-10).

Habiendo convocado Jesús a los Doce, les dio poder y autoridad sobre toda clase de demonios y para curar enfermedades. Luego los envió a proclamar el reino de Dios y a curar a los enfermos, diciéndoles: «No llevéis nada para el camino: ni bastón ni alforja, ni pan ni dinero; tampoco tengáis dos túnicas cada uno (Lc 9,1-3).

En estos pasajes evangélicos vemos que el Señor manda a sus discípulos a cambiar el mundo, realizando obras extraordinarias: ¡las mismas que él! y aún mayores (cf. Jn 14,12). Pero esa transformación no la hacen ellos, sino Dios; y por eso han de enfrentarse a su misión con absoluto desprendimiento de medios humanos, para poder recibir un extraordinario poder que nada tiene que ver con nuestros medios. Si buscan la eficacia de Dios, han de renunciar a su fuerza y a sus medios, por mucho interés que tengan en el resultado.

La petición que nace de la mirada compasiva del Señor

Al ver a las muchedumbres, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, «como ovejas que no tienen pastor». Entonces dice a sus discípulos: «La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies» (Mt 9,36-38).

Ante el más importante de los problemas, que es la salvación de la humanidad, representada por la gente extenuada, Jesús no pide que se pongan en marcha grandes estrategias o empresas apoyadas en medios proporcionados a esas necesidades, sino que se acuda a la oración, para que el Padre provea de instrumentos que lleven a cabo la obra de la salvación.

Echar las redes cuando parece inútil

Jesús dijo a Simón: «Rema mar adentro, y echad vuestras redes para la pesca». Respondió Simón y dijo: «Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos recogido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes». Y, puestos a la obra, hicieron una redada tan grande de peces que las redes comenzaban a reventarse (Lc 5,4-6).

El Señor propone a Pedro una tarea imposible: pescar durante el día, cuando no han pescado nada a lo largo de la noche. Además, están cansados y fracasados. Toda una ausencia de medios y de posibilidades que, con una actitud de fe, hacen posible y fácil, un fruto extraordinario, demostrando que el fruto y la proporción del mismo no dependen de los medios humanos sino de la fidelidad a la voluntad de Dios. Es la obediencia a la palabra del Señor lo que da eficacia a la acción de Pedro. Se embarca en una acción que no es fruto de su iniciativa ni de sus medios, sino de su fe y confianza en el Señor; y eso es lo que le garantiza el extraordinario fruto más allá del cansancio o las circunstancias desfavorables.

Vencer la tentación y responder al anhelo apostólico

Un primer discernimiento

Para evitar la tentación que desvirtúa el anhelo apostólico es vital distinguir bien entre la acción que le corresponde a la gracia y la acción que nos corresponde a nosotros; porque, con frecuencia, tratamos inútilmente de hacer el trabajo de Dios mientras le dejamos a él nuestro trabajo. Esto lo vemos con claridad en la multiplicación de los panes o en la pesca milagrosa, donde los discípulos hacen un cálculo humano de medios y posibilidades. Y eso es algo que impide que nuestro esfuerzo dé fruto, al menos el fruto que concuerda con el plan de Dios.

El verdadero apostolado y, por supuesto, el apostolado contemplativo sabe discernir cuál es la tarea que le corresponde al creyente y cuál es la que le corresponde a Dios, y evita la tentación de empeñarse en lograr lo que es obra de Dios para dejarle a Dios lo que es nuestra misión insustituible.

Esta distorsión de juicio es consecuencia de la necesidad que tenemos de eludir el trabajo y el sufrimiento, buscando el camino más fácil o rentable. La acción de Dios tiene un precio de discernimiento, lucha y purificación que resulta ineludible si queremos salir de los esquemas mundanos para entrar en los evangélicos. Por esa razón, en la medida en la que el contemplativo busca el auténtico fruto del amor apostólico tiene la responsabilidad y la obligación de ver y discernir las cosas con la mente y el corazón de Dios, aceptando el precio de dolor que eso tiene.

Emplear la nueva mirada para aceptar el dolor de cruz

No hemos recibido la gracia de una mirada nueva para disfrutar de ella, sino para unirnos íntimamente al Señor en su amor crucificado y redentor. Esto constituye la base de la misión y el apostolado del contemplativo, tanto monástico como secular. Pero cuando el contemplativo, del tipo que sea, experimenta el dolor que produce ver, con la luz de Dios, la situación de desorden y desconcierto que hay a su alrededor, surge con fuerza la tentación de hacer algo «eficaz» para resolverlo... de cualquier manera. Esto es lo que explica que muchos monjes abandonen la exclusividad de la vida de oración para dedicarse a tareas apostólicas seculares y que los que viven en el mundo se vuelquen en esas tareas con las motivaciones, la fuerza y los medios que emplearía cualquiera que carezca de la gracia de la contemplación.

Hemos de tener en cuenta que el dolor interior (de cruz) que el Señor concede al contemplativo ante las muchas formas de mal que ve en los demás y en sí mismo tiene como objeto introducirle en una experiencia de cruz redentora que le exige lo siguiente:

-No apartar la mirada ante el mal.

-Aceptar el desgarramiento interior que esa mirada produce.

-Renunciar a la urgencia y eficacia de los medios humanos.

-Abrazar la pobreza y el amor crucificado como único modo de darle espacio a Dios en mi vida y abrirme a la verdadera eficacia redentora.

-Contar con el fracaso inmediato y aparente de la acción.

-Renunciar a quejas, protestas, juicios y murmuraciones estériles.

-Vivir todo en fe, ofreciendo todo a Dios y abandonándome en sus manos, sufriendo, callando, amando y sonriendo.

Todo esto lo podemos encontrar en María, especialmente en el momento de la anunciación (Lc 1, 26-38), en las bodas de Caná (Jn 2,1-11) y cuando está al pie de la cruz de su hijo (Jn 19,25). En esos tres momentos vemos la mirada y la respuesta a la que Dios llama al contemplativo, que le llevan necesariamente a la identificación con Cristo de la que nos habla san Pablo cuando afirma: «Completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo» (Col 1,24).

El que quiere cambiar a los demás y se olvida del propio cambio se suele mover por un excesivo celo en su tarea que delata que ha caído en la tentación. Para salir de ésta es imprescindible reconocer que las gracias de luz y de discernimiento que poseemos no nos las da Dios prioritariamente para que cambiemos a los demás, sino para que podamos identificarnos con Cristo crucificado. Sólo así podremos ser instrumentos eficaces de su salvación; siendo conscientes de que él quiere, mucho más que nosotros, salvar a esas personas que

tenemos enfrente; pero no espera ni necesita que las salvemos nosotros.

Contemplar la respuesta del Señor

Para orientarnos en este camino hemos de fijarnos en las palabras y los silencios del Señor, como cuando uno le pide que intervenga en la herencia de su hermano (Lc 12,13-15), o a los que le preguntan de dónde viene su poder (Mt 21,23). Igualmente hemos de contemplar sus inacciones, como cuando pospone su visita a Lázaro enfermo (Jn 11,6), sus acciones, sus motivaciones y, en definitiva, todo su comportamiento. En la actuación del Señor es donde se encuentran las pautas concretas para actuar eficazmente como auténticos instrumentos de la gracia.

El ejemplo de los santos

Esto se entiende muy bien a la luz del ejemplo de los santos, sobre todo de aquellos que han destacado por su misión de consejo y orientación espiritual. Ellos no dejaban de ver y de sentir como el Señor, pero su comportamiento no era el de quien pretende resolver los problemas, sino el de quien sólo busca cumplir amorosamente una humilde misión, limitándose a cumplir su sencilla labor cotidiana. Veamos algunos ejemplos:

Un ejemplo significativo del apostolado contemplativo es santa Mónica. De ella decía su hijo san Agustín: «Mónica, con sus lágrimas, me engendró para Cristo». De hecho, esta mujer avanzó firmemente hacia la santidad a través de la incomprensión y la oposición de su marido y sus hijos. Sin embargo, esa misma dificultad le sirvió para entregarle al Señor la humilde ofrenda de su sufrimiento y su oración en favor de aquellos a los que más amaba. Y así se convirtió en eficaz instrumento de la gracia que transformó a los miembros de su familia, especialmente a su esposo y a su hijo Agustín. En cierta ocasión en que estaba preocupada por el fruto de su intercesión en favor de su hijo, san Ambrosio la tranquilizó, diciéndole: «Es imposible que se pierda el Hijo de tantas lágrimas».

Otra referencia la encontramos en la Madre Teresa de Calcuta, que no llevó a cabo su extraordinaria obra de fundación de una congregación religiosa de extraordinaria difusión como un objetivo que se hubiera propuesto, sino como la consecuencia, querida por Dios, del humilde servicio que ella prestaba personalmente a los más pobres. Cuando dejó su convento, su intención era sólo atender a los moribundos de la calle.

De igual modo, el Cura de Ars no pretendió influir significativamente en la renovación espiritual de Francia sino, simplemente, cumplir muy bien su sencillo deber de cura de aldea. Pero ese deber, cumplido heroicamente, fue un instrumento providencial del que se pudo servir Dios para levantar la fe de todo un país.

La cruz y la intercesión

Todo esto tiene mucho que ver con la cruz y toca de lleno la tarea de la intercesión. Dios pone en mi corazón la luz y los sentimientos de su Hijo para que pueda consumirme en ansias de salvación. Esas ansias, aceptadas en cruz e inmoladas por amor, al romperme por dentro, me liberan de cualquier interés humano o personal, me hacen pobre y humilde, y me convierten en instrumento eficaz de la acción de Dios.

¡Qué distinto es resolver los problemas de los demás que cargarlos a ellos sobre los hombros con humilde amor! ¡Qué distinto es ayudar a los demás a trabajar espiritualmente que ofrecerse uno a llevar a cabo, en su nombre, la batalla que el otro no puede librar! Como pide san Pablo: «Llevad los unos las cargas de los otros» (Ga 6,2).

La humildad necesaria

Esta aceptación de la propia tarea se basa en la elección consciente de nuestra misión, como un humilde servicio cuya eficacia está en Dios. Este servicio, al exigir pobreza y humildad, realiza en nosotros un proceso de despojo que nos lleva a la cruz. Y, al ser de Dios este proceso, no podemos controlar su

fruto y ni siquiera es necesario que lo veamos. Es un fruto de la fe y, como tal, queda escondido en Dios.

Estamos, por tanto, ante la opción de la pobreza y el fracaso frente a la tentación de la orgullosa eficacia que inutiliza nuestra vida y nuestra misión. En definitiva, ¿no somos unos «siervos inútiles que hacemos sólo lo que tenemos que hacer» (Lc 17,10)?

Y el efecto de esta actitud de humildad en nuestra alma es el crecimiento en el amor, el abandono, la confianza en Dios, la paz y la libertad. Y el fruto en los demás es la gracia de una transformación, normalmente invisible, pero siempre eficaz.

Uno se pregunta qué hacer ante el mundo moderno, uno se hace muchas preguntas. Me dan ganas de responder: no existe solución, existe el Salvador. No hay más que hacer que seguir al Salvador, hacer hoy lo que nos pide hoy, hacer mañana lo que nos pida mañana. Y yo os puedo decir en seguida lo que él hará en primer lugar: salvaros (Molinié, *El coraje de tener miedo*, Segunda variación).